Caminata a Comala

Por Luis Felipe Lomelí

Éste es un recuento de lo que se ve, de lo que se encuentra al llegar a Comala, Colima, a cien años del natalicio de Juan N. Pérez Rulfo y de la Constitución de 1917.

Mi hija aprendió a hablar entre Suchitlán y Comala, subiendo y bajando casi todos los días por la ladera del volcán. Desde entonces, hace tres años, ha habido dos entes que le han fascinado: uno animal, el caballo; y otro mecánico, la retroexcavadora.

Ambos han sido instrumentos usados por los seres humanos para transformar radicalmente el entorno, y ambos, si siguiéramos viviendo aquí por muchos años, desaparecerían de la vista: los remanentes de bosque se volverían potreros; los potreros, casas, y las casas se construirían cada vez más lejos en el desmonte perpetuo del cambio climático... para "vivir mejor".

Porque la maravilla del progreso, como discurso, es que oculta su violencia. ¿No era el progreso ante todo el lema de Porfirio Díaz? Pero se disfraza. Se viste de gala para el turismo y la academia. Comala fue declarada, primero, inexistente; imaginación pura donde los muertos de esa revolución, no validada ni por el PRI ni por los intelectuales de izquierda, tampoco fueron reconocidos; las cristiadas simplemente no existieron. Decir "Comala es nuestra Yoknapatawpha" era más fácil que abrazar el dolor de cientos de miles de personas con una ideología contraria.

Después, casi un siglo después del nacimiento de Rulfo y de la Constitución del 17 –ya reformada en neoliberal, ¿en





Fotos: Luis Felipe Lomelí

homenaje a Díaz, para seguir su credo?– Comala fue declarada "Pueblo Mágico". Reducto prístino. Arrullo de tradiciones. Cuna del México "muy nuestro", como todos los pueblos mágicos que se van gentrificando y transformando en otra cosa, reemplazando al caballo con nuevas máquinas. Vistiendo a los mariachis de charros, para que tengan calidad de exportación, cambiando los senderos por "andadores turísticos" con focos led y wifi: infraestructura efímera que se destrozará en cuanto crezcan los árboles.

Ir a Comala durante las cristiadas, como Juan Preciado, era ir a un lugar arrasado por la guerra: con sus muertos que estaban en el cementerio y sus ánimas que no habían tenido sepulcro, como sucede en todos los conflictos armados y como sucede, otra vez, hoy día.

Pero ¿Qué se ve al caminar a Comala hoy? ¿De qué transformaciones podemos dar cuenta? ¿En qué va a convertirse? ¿Qué permanece de la época porfiriana revestido de otros nombres? ¿Qué queda del lapso revolucionario?, ¿de la estirpe cristera? ¿Cuántos muertos hay en los caminos que llevan a Comala? De esto, del caballo y la retroexcavadora, pretenden dar cuenta estas caminatas: https://caminatacomala.wordpress.com/.





Luis Felipe Lomelí es ingeniero físico, ecólogo y filósofo de la ciencia. Obtuvo el Premio Nacional de Bellas Artes por su primer libro de cuentos *Todos santos de California* y el Premio Latinoamericano de Cuento "Edmundo Valadés" 2004. Es autor del ensayo *El ambientalismo* y el libro de texto *Naturaleza y sociedad*, entre otras obras. Es miembro del Sistema Nacional de Creadores de Arte desde el 2013 y su última novela impresa en México es *Indio borrado*.